

TEXTOS Y GLOSAS

«Ésta es nuestra fe», pero..., ¿ésta es nuestra fe?

Anotaciones al *Tercer Catecismo de la Comunidad Cristiana*

La publicación del catecismo titulado *Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia* ¹ ofrece la oportunidad de llevar a cabo una serie de reflexiones sobre dicho texto y sus condicionantes.

La primera pregunta que cabe realizarse es sobre su autoría. No se trata de que el texto no aparezca firmado (lo hace la Conferencia Episcopal Española), ni que se trate de averiguar el nombre de los colaboradores, sino que implica una cuestión eclesiológica: ¿es un catecismo *de* la comunidad, o es un catecismo *para* la comunidad? El hecho de que se hayan llevado a cabo consultas durante el periodo de elaboración no termina de despejar las dudas, máxime cuando existe constancia de que algunas de dichas consultas no han sido tenidas en cuenta. «Desde hace siglos, los Obispos han ofrecido a los fieles los Catecismos como instrumento básico y orientación fundamental de la catequesis» ². Nada impide, sin embargo, que un acto de este talante vaya precedido de una consulta lo más amplia posible, y tengo el firme convencimiento de que se ha perdido una oportunidad de oro para hacer realidad lo que el propio catecismo afirma: «Pastores y fieles colaboran unidos en el mantenimiento de la fe» ³.

Otra pregunta no fácil de responder se centra en la designación oficial o

1. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Ésta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia*, Edice, Madrid 1986.

2. *Mensaje de los obispos sobre los nuevos catecismos*, 3, en «Actualidad Catequética» (1987), 198.

3. *Ésta es nuestra fe*, 105.

paraoficial de que se ha dotado al texto. El subtítulo que figura en portada dice *Tercer catecismo de la comunidad cristiana*; además la hoja de presentación lo califica de *el libro básico de la fe*⁴, que por un lado aparece como equivalente de *Catecismo básico*⁵, y por otra parte, afin o semejante a *Catecismo terminal*⁶. No se aclaran para nada los términos, dando la sensación de que se barajan e intercambian en medio de una pretendida ambigüedad.

La ambigüedad crece de tono cuando se piensa en la cuestión de los destinatarios. Se empieza hablando de los *cristianos más jóvenes*⁷ sin aclarar qué se entiende con tal expresión; sí parece aclararlo la *Guía pedagógica* que se refiere concretamente a la *infancia adulta* (9-11 años) y a la *niñez*⁸. Sin embargo, añade que «se ha escrito también pensando en las familias cristianas, en los catequistas y en los responsables de nuestras catequesis»⁹. El panorama se viene a complicar aún más cuando la carta de la Sagrada Congregación del Clero lo califica de «strumento valido per la catechesi (...) dei fedeli di ogni età». Cabría pensar en la intención de desenredar tan desmadejado ovillo, pero una lamentable «Indicación pedagógica» advierte de una clasificación de destinatarios en función del diverso tipo de letra: lo impreso en negro es para *los cristianos más jóvenes*, mientras que lo impreso en color es para *los adultos*, con la indicación expresa de que existen dos niveles, uno para *catequistas*, y otro para *responsables de la catequesis*, impreso con letra de un cuerpo menor. Si he calificado de «lamentable» tal «Indicación pedagógica», es porque, como veremos, no se adivina por ninguna parte un criterio válido en función del cual unas afirmaciones se integren en el nivel 1, o en los niveles 2 ó 3, lo que hace que los destinatarios posibles ni siquiera están claros en la mente de los autores, quienes han distribuido la materia de forma bastante aleatoria.

El hecho de que el catecismo comentado sea calificado de *tercer catecismo*, obliga a pensar en los dos anteriores¹⁰; pero la denominación de *terminal* da la sensación de relegar a la penumbra el catecismo *Con vosotros está*, «destinado principalmente a los jóvenes cristianos de once a catorce años de edad»¹¹. Tengo la sensación de que este último catecismo ha sido «puentea-

4. *Ibid.*, 5.

5. SECRETARIADO NACIONAL DE CATEQUESIS, *Ésta es nuestra fe. Ésta es la fe de la Iglesia. Guía pedagógica*, Edice, Madrid 1987, 11.

6. *Ibid.*, 11.

7. *Ésta es nuestra fe*, 5.

8. *Guía pedagógica*, 11 y 10, respectivamente.

9. *Ibid.*, 11; *Ésta es nuestra fe*, 5.

10. *Padre nuestro*. Primer catecismo de la comunidad cristiana, Edice, Madrid 1982; y *Jesús es el Señor*. Segundo catecismo de la comunidad cristiana, Edice, Madrid 1982.

11. *Con vosotros está*, Madrid, Secretariado Nacional de Catequesis, 1972, VII (sin numeración original).

do». He visto suspirar de satisfacción a los asistentes a un cursillo de presentación del texto comentado, cuando se les dijo que no era un texto para niños; y a continuación les he visto suspirar de desesperación cuando emití mi parecer de que no era tampoco un texto para adultos. Pero desde luego, el asunto no está nada claro.

Echando la vista atrás, el Plan trienal 1981-84 de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad cristiana hoy*, n.º 40 decía: «Que la Comisión Episcopal elabore, con la colaboración interdisciplinar de expertos, una síntesis del Mensaje cristiano para adultos, al servicio de los catequistas, de los creyentes en situación catecumenal y de las comunidades cristianas». Y el Plan trienal 1984-87, de la misma Comisión aseguraba por partida doble: «Preparar y presentar un plan para la elaboración de un Catecismo básico para adultos» (objetivo específico 2, acción 4), y también, «Publicar el «Catecismo 3 de la comunidad cristiana, con la guía pedagógica correspondiente» (objetivo específico 2, acción 7). ¿Se han fundido ambas acciones en un resultado único? Así parece sugerirlo Francisco Ferrer, a la sazón director del Secretariado Nacional de Catequesis, quien afirma que en el curso de la elaboración de la síntesis de fe infantil, surgió el interrogante de si procedía desarrollarla más pensando en el pueblo cristiano sencillo, aunque también afirma: «propiamente no es el catecismo de adultos de la Iglesia de España»¹². La verdad es que estamos ante un híbrido que no es ni carne ni pescado, que no es válido para los niños, que tampoco sirve por su lenguaje para el pueblo cristiano sencillo, y que resulta insuficiente para el adulto que reclama una fundamentación adecuada.

Acaso habrá que preguntarse como otro artículo reciente hace con motivo de la aparición del *Livre de la foi*, del episcopado belga; ¿no será que hay que pensar en otros destinatarios no nombrados expresamente como pueden ser los monseñores de los dicasterios romanos?¹³.

Esquema

El contenido del libro está articulado en dos partes: «La Alianza de Dios con los hombres» (pgs. 8-54) y «Exposición de la fe cristiana» (pgs. 85-344). La primera de las dos está redactada en un estilo narrativo, ágil, propio de quien narra acontecimientos de la Historia de Salvación. Junto a los «hechos»

12. F. FERRER, *Estructura y dimensión pedagógica del catecismo «Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia»*, en «Actualidad Catequética» (1987), 226.

13. L. DINGEMANS, *Qui lira le Livre de la Foi?* en «La Revue Nouvelle», (1987), nn. 5-6, 537-543.

también se recogen «palabras», «oraciones»,... pero con la particularidad de que el haber optado por suprimir las comillas crea para muchos usuarios la dificultad de no saber con certeza dónde comienza o termina una cita textual (tan sólo se han usado las comillas en 5 ocasiones). Sin duda es más importante el que se haya «colado» algún elemento más que discutible: «Según nuestras tradiciones, los pueblos de España recibieron el Evangelio gracias a los Apóstoles Pablo y Santiago»¹⁴.

La adecuada utilización del libro tendría que relacionar la primera con la segunda parte; pero por desgracia únicamente en la pg. 241 se realiza una vinculación expresa entre ambas, con lo cual lo más fácil es que se traten por separado. Además un factor que contribuirá sin duda a favorecer la desconexión es la introducción entre ambas de un «Apéndice» (pgs. 55-83), para cuya ubicación en el conjunto del texto se podría haber dado con otra solución mejor.

La «Exposición de la fe cristiana» está organizada en cuatro partes, justificadas en la pg. 86. Sin embargo, con una cierta inconsecuencia, la parte correspondiente a la oración está minimizada en cuanto a extensión y casi disimulada a continuación de los sacramentos, por lo que el esquema inicial se reduce en la práctica a tripartito. Cualquier observador aprecia inmediatamente la hipertrofia dada al «Credo» con respecto a los «Sacramentos» (y «Oración»), y «Decálogo». Ello no sería óbice para la presentación válida de la fe, si no fuera por la consiguiente fundamentación dogmática que puede inducir a la identificación de la vida cristiana con las creencias, riesgo que a todas luces se corre, pues la experiencia humana, el aspecto del compromiso, la dimensión celebrativa o la oración resultan bastante pobres.

El uso de la Biblia

Las citas expresas o las referencias resultan abundantes, aunque en ocasiones se echan de menos algunas en el lugar oportuno. No es ese su principal defecto. En el terreno del empleo de la Biblia hay deficiencias. Así, se hace alusión a los géneros literarios (pg. 59) pero no se aduce ni un mal ejemplo que llevarse a la boca, con lo cual se consigue que tal alusión resulte casi inútil. Lo que es más grave es que al tratar de la creación del hombre (pgs. 118-119) no se vuelven a mencionar los géneros literarios, ni se hace el más mínimo esfuerzo por armonizar o complementar los dos relatos bíblicos. Unas páginas más

14. *Ésta es nuestra fe*, 53. Sin embargo, en *Ibid.*, 77, el texto citado de Juan Pablo II se muestra más cauto a este respecto.

adelante se incurre en una incoherencia mayor, al abordar «la historia del pecado de la humanidad» (pg. 123) donde, sin la más mínima diferenciación, se afirma: «la Biblia describe los grandes pecados de los hombres en diversas narraciones: la caída de Adán y Eva en el paraíso, el asesinato de Abel por su hermano Caín, la construcción de la torre de Babel,... el pecado de David...». ¿No se induce con excesiva simpleza a conceder a todos idéntica historicidad?

Más chocante resulta el pasaje de la pg. 257 en que se aborda el problema de la mediación del sacerdote en la penitencia, y se dice: «Así lo ha establecido Jesucristo (Véase Juan Pablo II, Exhortación Apostólica ‘Reconciliación y Penitencia’)». ¿No era más fácil remitir a Jn 20,22-23, citado en la pg. 254?

La doctrina conciliar

Si el empleo de la Biblia no siempre es modélico, también el uso de las enseñanzas conciliares —en general, abundante— deja que desear. Como muestra sirvan unos ejemplos. Hablando de la postura del hombre creyente se afirma (pg. 95): que dada la condición del hombre, sus tanteos «por encontrar a Dios han sido insuficientes, inciertos y no exentos de errores»: todos los calificativos utilizados tienen una carga peyorativa. ¿No ha habido ningún acierto? En caso afirmativo se silencia en beneficio de una sospecha generalizada. Compárese la afirmación anterior con el texto del decreto conciliar *Nostra Aetate*, 2, con otro estilo absolutamente diverso: «La Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y vivir, los preceptos y doctrinas que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres»¹⁵. Decididamente, me quedo con el segundo texto.

Empleo inadecuado es el que figura en la pg. 182 donde se dice que «el ministerio de los obispos (...) ocupa el primer lugar en la Iglesia», mientras que LG 20 afirma: «*Entre los varios ministerios (...) ocupa el primer lugar el oficio de aquellos que ordenados Obispos...*». La manipulación y absolutización resultan elocuentes. También hay manipulación cuando se cita, sin comillas, el concilio de Calcedonia en la pg. 132, induciendo a hacer pasar por afirmaciones del concilio cuanto va a continuación de los dos puntos, cuando esto no es cierto. O se va más lejos que el concilio de Trento (pg. 255) afirmando

15. En honor a la verdad, es preciso reconocer que las afirmaciones de las pgs. 164 y 170 sobre esta misma materia varían el tono de las frases; pero ello no justifica una expresión tan inadecuada como la vista.

que son seis las partes fundamentales de la penitencia (todas igualmente fundamentales), mientras Trento habla de tres.

Los sacramentos

No están demasiado bien tratados los sacramentos, pues hablando globalmente de ellos se enumeran (pgs. 224-226) hasta una docena de aspectos genéricos: presencia de Cristo, acciones comunitarias, celebrante, materia y forma; en esta enumeración se dice de pasada (dos líneas y media) que hay que intensificar las actitudes cristianas fundamentales: el *ex opere operantis* casi ha sido reducido a la nada. Por si esto fuera poco, en todos los sacramentos se incluye una pregunta cuya formulación es en extremo desafortunada: «¿Qué acontece en el sacramento de...?». Se trata de algo impersonal, automático, frío. No evoca el encuentro interpersonal Dios-hombre. Resulta, sencillamente, penosa.

Contemplado desde la pedagogía

Si en algunos aspectos de fondo se descubren notables deficiencias, también en las cuestiones de forma aparecen. Ya hice referencia a la indicación pedagógica, lamentable, que reparte la materia en tres niveles, sin que se vea bien qué criterio se sigue. Ello se comprueba cuando se habla de la omnipotencia de Dios al resucitar a Jesús en el nivel 2 (pg. 312) mientras que la misma afirmación figura en el nivel 1 en pg. 111; o cuando se habla de los deberes entre esposos en el nivel 2 (pg. 325) y en el nivel 1 (pg. 270); o cuando se compara la relación entre Dios y la humanidad con la de esposo y esposa en el nivel 1 (pg. 325) y en el nivel 2 (pg. 269).

La utilización o dosificación de niveles puede resultar adecuada en ocasiones si se piensa en los supuestos destinatarios a que alude la «indicación pedagógica» mencionada. En la pg. 295 se trata brevemente el ateísmo en el nivel 1 y con mayor amplitud en el nivel 2. No habría nada que objetar si no fuera porque en ambos casos el contexto es el de considerar el ateísmo como un pecado y, sobre todo para el nivel 2, nada se dice de las causas, la culpa que en ello tenemos los creyentes, ni la actitud de diálogo con el ateísmo (GS 19ss). La más elemental pedagogía obliga a no simplificar sin necesidad las cosas.

Las preguntas

Ninguna indicación pedagógica sobre ellas. Algunas, por ir impresas en negro, se supone que son del nivel 1: van además destacadas en negrita ¿Son

para memorizar? No se ve claro. Hay quien pretende que sí, aunque desde el punto de vista pedagógico algunas preguntas sean imposibles de memorizar, como la primera de las dos que constan en la pg. 137, con 19 líneas entre pregunta y respuesta. Otras, como la de la pg. 201 son pedagógicamente inútiles, pues se limitan a repetir lo ya enunciado. Pero la cosa es más grave para los niveles 2 y 3 (teóricamente de *adultos*), pues sin aclaración alguna se siguen empleando los mismos procedimientos de preguntas y respuestas, que resultan más bien infantiles. Tan sólo hay un tipo de preguntas francamente interesantes, que hacen avanzar dialécticamente el tema, y que resultan muy poco empleadas, como la que figura en la pg. 127: «... es urgente que sepamos responder a esta pregunta: '¿Quién es Jesucristo?'».

Las expresiones empleadas

Aun reconociendo el esfuerzo realizado por emplear un lenguaje aseQUIBLE a los supuestos destinatarios, se está muy lejos de haberlo conseguido, quizá porque la cuestión de los destinatarios, como vimos, está muy oscura. Pero se ha cometido el mismo fallo que en tantos otros catecismos, quizá como consecuencia de la «deformación profesional» de los redactores últimos. Pero encontramos la expresión «resurrección de la *carne*», menos expresiva que la que le substituyó «resurrección de los *muertos*» (¡En el Catecismo Nacional, 1.º grado, de 1957!). La justificación de que se quiere salir al paso de eludir la resurrección corporal no se explica suficientemente, pues en la pg. 132 aparece la palabra «*encarnación*», sin explicación etimológica alguna, y sin alusión al sentido restrictivo del concepto «*carne*». Menos válida resulta la aclaración que se da a la palabra «*cielo*», afirmando que «expresa el conjunto de todos los bienes sin mezcla de mal alguno». Juan Antonio de la Riva, corrector de Ripalda, escribió ¡en 1800! que la gloria es «el conjunto de todos los bienes sin mezcla de mal alguno». ¡Qué poco hemos avanzado!

Otras veces no se trata de volver hacia atrás, sino que expresiones de nuevo cuño resultan ininteligibles como la empleada para aludir a la resurrección de Jesús como «comunicación irrebasable» (pg. 151) o «acontecimiento irrebasable» (pg 160): creo sinceramente que se puede decir más claro sin excesivos esfuerzos. O como cuando se echa mano de expresiones bíblicas como los «últimos tiempos», que se emplea en el catecismo no menos de 12 veces, sobre todo en las pgs. 160-161, en que aparece hasta 7 veces y curiosamente en ninguna de ellas se aclara a satisfacción.

Habría que seguir tratando muchas más cuestiones, algunas importantes como el escaso talante ecuménico que aparece en sus páginas al hacer muy pocas alusiones a los convencimientos de otras religiones; lo poco que propicia

un diálogo con la ciencia en todos aquellos temas en que sería posible haber tendido una vía de diálogo y estudio, el legalismo manifiesto en la presentación del decálogo, con una presentación muy escasamente matizada de unas listas de pecados, y con ausencia casi total de la formulación positiva y constructiva de los mandamientos...

Es preferible poner punto final. Al buen entendedor, basta.

Luis RESINES